2. La amistad como alianza en el silencio

Derrida, Jacques, *Políticas de la amistad*, Trad. Patricio Peñalver, Madrid, Trotta, 1998, cap.3, págs. 67-74, 75-76

---

3. ESTA «VERDAD» LOCA: EL JUSTO NOMBRE DE AMISTAD

Págs. 67-74

> *Las meditaciones de un hombre de Estado me parece que deben referirse a la cuestión de las enemigos planteada en todos sus aspectos; y debe concederse un vivo interés a esta frase de Jenofonte: que «es propio de hombres sabios sacar provecho de sus enemigos». En consecuencia, las conversaciones que he mantenido recientemente sobre esta materia las he recogido más o menos en sus mismos términos, y te las envío. En la medida de lo posible me he abstenido de incluir lo que había escrito en mis Preceptos políticos, puesto que veo que tienes con frecuencia este tratado en tus manos[i].*
>
> *(*Plutarco*)*

Una liebre de buen carácter

Quería tener muchos amigos.
¡Muchos! me diréis que eso es un asunto difícil:

Ya uno solo es cosa rara en este país.

Estoy de acuerdo, pero mi liebre tenía esta manía,

Y no sabía que Aristóteles

Les decía a los jóvenes griegos admitidos en su escuela:

«Amigos míos, no hay amigos».

[...]

Complaciente, solícita, siempre llena de celo,

Quería hacer de todos y cada uno un amigo fiel,

Y se creía querida porque ella los amaba[ii].

*(*Florian*)*

Ahora. Quizá estamos preparados, ahora, para entender el apóstrofe nietzscheano, el grito del «loco viviente que soy»: «¡Amigos!, ¡no hay amigos!» (*Freunde, es gibt keine Freunde*!). Quizá estaremos mejor expuestos a él allí donde su destino depende también de nosotros. Su destino depende quizá del acontecimiento de una respuesta que viene, como la responsabilidad de un refrendo, de sus destinatarios. ¿Quién vendrá a refrendar? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuántos?

El apóstrofe resuena en *Humano, demasiado humano*, en el capítulo «De los amigos»[iii]. Está jugando también con la tradición que nos desborda por todas partes: Aristóteles, Montaigne, Plutarco, Gracián - *Oráculo manual* -, Florian, y tantos otros que nos esperan. Con la mayor frecuencia apelan a una sabiduría, y ésta, con la mayor frecuencia, se apoya en la autoridad de una experiencia política. En cualquier caso ésta saca lecciones políticas, moralejas o preceptos al uso de los políticos avisados.

Una vez más, como vamos a oír, la provocación golpea y se abre mediante un «quizá». Abre en la medida en que se abre, en que produce una ruptura. La modalidad irreductible del «quizá» da siempre el momento de apertura. Lo da como se da un golpe. Lo da en el anuncio de un primer acto o de una primera escena, pero también como la única ocasión que se le concede al porvenir. Más precisamente: la ocasión del porvenir como la ocasión misma. Porvenir lo hay, si es que alguna vez lo hay, allí donde no se puede prohibir la ocasión. No habría porvenir sin la ocasión. El golpe del «quizá» procede no sólo a una inversión catastrófica, al trastocamiento de la tradición, y de una tradición ya paradójica («¡Oh amigos míos!, ¡no hay ningún amigo!»). Provoca la confesión del contrario, la confesión de un error que no es extraño a la verdad. Es quizá la verdad misma, una verdad superior o más profunda.

«*Quizá* entonces *llegará* también la hora feliz, un día en que exclame:

“¡Amigos, no hay amigos!”, exclamó el sabio moribundo.

“¡Enemigos, no hay enemigos!”, exclamo yo, el loco viviente».

(«[...] und vielleicht kommt jedem auch einmal die freudigere Stunde, wo er sagt:

“Freunde, es gibt keine Freunde!”, so rief der sterbende Weise.

"Feinde, es gibt keinen Feind!", ruf ich, der lebende Tor)».

Numerosas vías se prometen en la lectura de este *apóstrofe* inversor -y trastocador también, puesto que convierte al amigo en enemigo-. Alguien se queja, en suma, de la desaparición del enemigo. Habrá ésta tenido lugar ya? En todo caso aquél la teme, la recuerda, la anuncia, denuncia en ella una *catástrofe*. Escucharemos de nuevo, con intervalos más o menos regulares, un doble clamor, los dos tiempos y las dos voces, las dos personas de esta exclamación: él/yo, él exclamó/yo exclamo, pasado/presente, moribundo/ viviente, sabiduría/locura. Pero una sola *exclamación* responde a la otra: he aquí lo que exclamó el sabio moribundo, he aquí lo que yo exclamo, yo, el loco viviente, etc.: ([...] *so rief der sterbende Weise [...] ruf ich, der lebende Tor.)*

«La frase muy familiar a Aristóteles» es, pues, una palabra de moribundo, una última voluntad que habla ya a partir de la muerte. Sabiduría testamentaria a la que hay que oponer, aunque sea al precio de la locura, la insurrección exclamadora del presente viviente. El moribundo se dirige a amigos para hablarles de amigos, aunque sea para decirles que no hay. El viviente, por su parte, se dirige a enemigos para hablarles de enemigos, aunque sea para decirles que no hay. El moribundo muere y se vuelve hacia el lado de la amistad, el viviente vive y se vuelve hacia el lado de la enemistad. La sabiduría, del lado de la muerte, y fue el pasado, el ser-pasado del que pasa. La locura, del lado de la vida, y es el presente, la presencia del presente.

Como hemos visto, no es ésta por cierto la primera vez que Nietzsche asocia el pensamiento del amigo-enemigo o del hermano-enemigo a la locura. A la locura pura y simple que empieza invirtiendo todos los sentidos del sentido en el otro sentido. Pues la locura pura y simple se inscribe a priori en el sentido mismo del sentido. El loco se encuentra ya en el sitio como un huésped que hubiera precedido a su anfitrión. Lo habita de antemano, su sombra observa en la sombra de toda hospitalidad: *Humano, demasiado humano* es el mensaje de un loco dirigido a locos, a sus amigos los locos.

El libro está propiamente dedicado a la corporación de los locos (*Narren-Zunft*). Esta locura es, al final, su dedicatoria y su firma. El epílogo en verso, el post-ludio (*ein Nachspiel*) se titula «Entre amigos» (*Unter Freunden*) y los apostrofa también, a los amigos, no les pide ni excusa ni perdón para este libro de la sinrazón (*diesem unvernünftigen Buche*), sólo una hospitalidad, la que se ofrece a los locos que llegan. Les pide solamente que le abran las puertas del corazón, que lo escuchen, que lo acojan en sí mismos, que lo alberguen, que lo honren y aprendan de él, en suma, una historia de la razón. Sólo un loco puede contarla, sólo él puede saber cómo hacer entrar en razón a la razón, cómo la razón llega a ser lo que ha debido ser: puesta en razón.

Dicho esto, vamos a leer la caída y el comienzo. Esto se pronuncia también en la forma del saludo y del adiós. Momento de separación de los amigos, los amigos que se han vuelto amigos, y no está ausente la connotación testamentaria. Tanto más porque, en medio del epílogo, la naturaleza de epílogo del apóstrofe, esto es, el comienzo del fin, no deja de aparecer. Habrá que subir el camino que nos separa del cementerio: «Al final nos espera la fosa. ¡Amigos!» (*Bis wir in die Grube steigen. / Freunde*!).

Y aunque la frase pida que vayamos más allá de la excusa y del perdón, se sigue moviendo en el espacio religioso de la bendición o de la maldición. A no ser que abra finalmente ese espacio. Conjura la maldición (*Fluch*) y pronuncia dos veces la bendición (*Amen, und auf Wiedersehen*!) ofreciendo la venida prometida del acontecimiento, exponiendo más bien la llegada a la pregunta del quizá (*So solls geschehn*?):

¡Sí, amigos (*Freunde! Ja*!). ¿Así tiene que ser? (*So solls geschehn*?)

¡Amén, y hasta la vista! (Amen! *Und auf Wiedersehn*!)

¡No hay excusas! ¡No hay perdón!

¡Oh, jóvenes alegres, otorgad libremente,
a este libro de sinrazón (*diesem unvernünftigen Buche*)

oído, corazón y albergue! ¡Creedme, amigos míos, no fue una maldición

la causa de mi sinrazón (*meine Unvernunft*)!

Lo que yo encuentro, lo que yo busco (*Was ich finde, was ich suche*-,) ¿se halló alguna vez en libro alguno?

¡Honrad en mí a la estirpe de los locos (*Narren-Zunft*)!

¡Aprended de este libro loco (*Narrenbuche*)

cómo la razón vuelve «a la razón»!

(*Wie Vernunft kommt -«zur Vernunft»!)*

¿Así, amigos míos (*Also, Freunde*), tiene que ser? (*solls geschehn*?)

¡Amén, y hasta la vista! (*Amen! Und auf Wiedersehn*!).

Así, pues, el envío lo confirma: el amigo no puede dirigir a sus amigos más que un discurso de loco. La verdad de la amistad es una locura de la verdad, no tiene nada que ver con la sabiduría, la cual ha dado la nota de esto al intentar hacernos creer que la pasión amorosa era loca, ciertamente, pero que la amistad era la vía de la sabiduría y del saber, no menos que de la justicia política.

Volvamos ahora a lo de «¡Enemigos, no hay enemigos!», al parágrafo 376 de *Humano, demasiado humano* I. Y recordemos sólo que la inversión había sido preparada: por medio de una *confesión*. Mediante una especie de respuesta a sí mismo, ya, el mismo «sabio», el presunto autor del «¡Oh, amigos míos...», cuando no estaba todavía muriéndose, aceptaba, en plena vida, contradecirse. En todo caso, consentía en declararse a sí mismo un «error» y una «ilusión», aun apelando, en suma, a la responsabilidad. Una responsabilidad que, siguiendo la lógica más o menos latente y en consecuencia silenciosa del argumento, no se ejerce más que en silencio, esto es, en secreto, en una especie de contra-cultura del saber-callarse. Como si el sabio se hablase a sí mismo en silencio del silencio respondiéndose a sí mismo sin decir nada, para apelar a su responsabilidad. Hay que saber acceder a ese silencio, «ellos» tienen que haberlo aprendido (*und Schweigen müssen sie gelernt haben):*

> Cuando alguien se da cuenta de esto y, además, de que todas las opiniones, tanto su fuerza como su especie, son entre los contemporáneos tan necesarias e irresponsables (*unverantwortlich*) como sus acciones, se adquiere penetración para ver esta necesidad íntima de las opiniones surgir de la intrincada red que forman el carácter, la ocupación, el talento y el medio ambiente; quizá pierda pronto la amargura y la aspereza de sentimiento con que aquel sabio escribía: «¡Amigos, no hay amigos!» (*Freunde, es gibt keine Freunde*!). Se hará, más bien, esta confesión (*Er wird sich vielmehr eingestehen*): «Sí, hay amigos, pero es el error, la ilusión lo que les lleva a ti; y les fue preciso aprender a callarse, para quedar amigos» (*und Schweigen müssen sie gelernt haben um dir Freund zu bleiben*); pues casi siempre tales relaciones humanas se basan en que jamás se dirán ciertas cosas, incluso en que no se rozarán nunca; sin embargo estas piedras se echan a rodar, la amistad las sigue detrás, y se rompe. ¿Habrá hombres capaces de no sentirse mortalmente heridos, si supiesen lo que sus amigos más fieles piensan de ellos en el fondo?

La amistad no guarda silencio, más bien es guardada por el silencio. Desde el momento en que la amistad se habla, se invierte. Dice entonces, diciéndoselo, que no hay amigos, se confiesa confesándoselo. Dice la verdad - siempre aquello que más vale no saber.

La protección de esta guardia asegura la verdad de la amistad, su verdad ambigua, aquella mediante la que los amigos se protegen del error o de la ilusión que fundan la amistad, más concretamente, sobre el fondo sin fondo de los cuales se funda una amistad

para resistir a su propio abismo. Al vértigo o a la revolución que la haría girar en torno a ella misma. La amistad se funda en verdad para protegerse del fondo o del sin-fondo abismal.

Y he aquí por qué más vale que se guarde en silencio, y que guarde silencio sobre la verdad. Sobre el abismo, sobre el suelo incierto de nuestras amistades: «¡Qué inseguro (*unsicher*) es el terreno sobre el que reposan todas nuestras relaciones y amistades [...] qué aislado (*vereinsamt*) está todo hombre!» (ibid.), esto es lo que te dirás en la experiencia de los «malentendidos», de las «separaciones», de las «huidas hostiles». Entonces, más vale callarse sobre esta verdad de la verdad. La verdad de la verdad es que ella está ahí para proteger una amistad que no resistiría la verdad de su ilusión. Nietzsche adopta el tono místico cuando propone preceptos o sentencias aforísticos (*Sprüche*) a propósito de un silencio que nombra entonces en latín, *Silentium. Ascesis, kénosis*, saber hacer el vacío de las palabras para dejar respirar la amistad. Y de nuevo ahí, Nietzsche piensa el silencio a partir de la amistad, como si no pudiese hablarse del silencio mismo, hablar el silencio, a no ser en la amistad, por medio de la amistad. La palabra arruina la amistad, corrompe hablando, degrada, denigra, des-habla (verredet, traiciona con palabras) la amistad pero le hace ese daño a causa de la verdad. Si hay que callarse entre amigos, a propósito de los amigos, es también para no decir la verdad, una verdad mortífera. «T.2, 252. *Silentium*. No hay que hablar de los amigos; de otro modo se traiciona con palabras el sentimiento de la amistad (*sonst verredet man sich das Gefühl der Freundschaft*)».

No que los amigos tengan que callarse entre ellos o a propósito de sus amigos. Haría falta que en su palabra respire quizá el sobreentendido de un silencio. Este no es otra cosa que una cierta forma de hablar: secreta, discreta, discontinua, aforística, elíptica, justo el tiempo desunido de confesar la verdad que hay que ocultar, ocultándola para salvar la vida, pues es mortal. Confesar y no confesar: ¿cuál es la diferencia desde el momento en que la confesión consiste en ocultar todavía más seguramente la verdad? ¿Cuál es la verdad de una confesión? ¿No la veracidad de lo que ésta dice, sino su verdad de confesión?

Digámoslo al menos de momento, este momento de la confesión, pues quizá, quizá venga el día alegre en que el loco viviente (que yo soy) se atreverá a exclamar: «¡no hay enemigos!». Ese día alegre será el día de un gozo compartido (*Mitfreude*), se recordará, y no de compasión (*Mitleid*). Pues habría así dos comunidades sin comunidad, dos amistades de la soledad, dos maneras de decirse -callándose, callándola- que la soledad es irremediable y la amistad imposible, dos vías del deseo para repartir(se) lo imposible: una sería de compasión, y negativa, la otra sería afirmativa; ésta acordaría y conjuntaría dos gozos desunidos, conjugados en el corazón de la disociación misma, aliaos heterogéneos, co-afirmados, confirmados quizá en una noche absoluta. Gozo extático pero sin plenitud, comunión de desarraigo absoluto.

Esperando, en el momento de la primera confesión, que forma parte todavía de la comunidad de compasión, más vale guardar silencio para guardar lo que queda de amistad. Y como los amigos saben esta verdad de la verdad (la guardia de lo que no se guarda), más vale que guarden silencio juntos. Como de común acuerdo. Acuerdo tácito, sin embargo, mediante, el que los separados están juntos sin cesar de ser lo que están destinados a ser

- y sin duda lo son entonces más que nunca: disociados, aislados, singularizados, constituidos en alteridades monádicas (*vereinsamt*), allí dónde, como dice el fenomenólogo, lo propio del *alter ego* no será nunca accesible, *como tal,* a una intuición originariamente dadora, sólo a una apresentación analógica -. No son solidarios, estos dos, son solitarios, pero se alían en silencio sobre la necesidad de callarse juntos, cada uno por su lado sin embargo. Lazo social, contemporaneidad, quizá, pero en la común afirmación de la des-conexión, en el estar-solo intempestivo y, simultáneamente, en la aquiescencia conjunta a la desunión. Cómo se puede estar juntos para dar testimonio del secreto, de la separación, de la singularidad? Habría que dar testimonio allí donde dar testimonio resulta imposible. Atestiguar la ausencia de testimonio, por dicha ausencia, como dice Blanchot («Palabra todavía por decir más allá de los vivos y de los muertos, *atestiguando por la ausencia de testimonio*»)[iv]. Cómo callarse, el uno y el otro, el uno al otro incluso?

Este *miteinander Schweigen* puede siempre venir a arruinar nuestras certezas ontológicas, nuestro sentido común, nuestro concepto del concepto, el Uno de lo común que rige desde siempre nuestro pensamiento así como nuestra política de la amistad. ¿Cómo fundar una política de la separación? Nietzsche se atreve a recomendar la separación, se atreve a prescribir el alejamiento en el código que lo excluye, en este lenguaje mismo, y como para provocarlo, en el lenguaje que sigue siendo tanto el de la amistad como el de la política, del Estado, de la familia (afinidad, parentesco, *Verwandtschaft*, pertenencia, co-pertenencia identitaria: *Zusammengehörigkeit*):

> 251. En la separación (*Im Scheiden*). No es en la manera en que un alma se acerca a otra, sino en la manera como se separa de ella, en lo que reconozco su afinidad y parentesco con ella (*Verwandtschaft und Zusammengehörigkeit mit der andern*) (T. 2).

¿Qué es callarse? Callarse entre amigos, *unter Freunden*, en la ruptura (*im Scheiden*), en la interrupción que sustituye, como debe hacerse - pues en el silencio todo debe ser posible-, el hacer-saber por el testimonio, la prueba por la fe, la demostración por la confianza, la certeza por el *quizá,* lo mismo por lo otro, el cálculo por la amistad, etc.? El imperativo y el enigma del pudor no están lejos, los ligaremos en un instante al *quizá*, a la verdad y a la cuestión de la diferencia sexual - en la escritura, el silencio, la tachadura sin tachadura de Nietzsche.

Una manera completamente diferente quizá de pensar el «entre», de aprehenderlo «entre amigos» a partir del silencio de los amigos -y no a la inversa -. Ese «entre» es inconmensurable con cualquier otro. He aquí por dónde comienza el fin, el *incipit* del epílogo, he aquí los primeros versos del *Nachspiel* del que habíamos citado la segunda estrofa. El silencio entre amigos no se da sin la risa, y ésta enseña los dientes, como la muerte. Cuanto peor es, mejor. Hacer y reír, *machen/lachen*, hacer el mal y reír del mal, hacer reír del mal. Entré amigos. No reírse del mal, sino hacerse reír del mal. Entre amigos.

Pág. 75-76

ENTRE AMIGOS

Epílogo

I

Es hermoso callar juntos;

Más hermoso aun reír juntos, -

(*Schön ists, miteinander schweigen,*

Schöner, miteinander lachen,-)
Bajo un cielo azul de seda,

Apoyados contra el musgo del haya

Riendo afectuosamente como amigos, con una risa clara

(*Lieblich laut mit Freunden lachen*),

Dejando ver el brillo de los dientes.

Si obro bien, nos callaremos;

Nos reiremos, si obro mal;

Y cuanto peor seamos,

Cuanto peores seamos, más nos reiremos

(*Schlimmer machen, schlimmer lachen*),

Hasta que descendamos a la fosa.

(*Bis wir in die Grube steigen*).

No todos los silencios consuenan. Una y otra vez, la cualidad, la modalidad, la tonalidad del «callarse juntos» se sustrae a la medida común. Aquí acabamos de captar el momento en que el *callarse* de la compasión cedía a la risa que estalla pero sin palabras, también silenciosa, áfona en la sonoridad de su estallido, a la risa, a la loca risa del gozo entre amigos.